

de la muerte del magno Emperador, se coloca el sarcófago sobre un túmulo y se celebra con toda solemnidad el oficio de difuntos, con asistencia de las autoridades de la isla.

Desprendíme del cicerone mediante una propina bien ganada, y continué vagando por entre las casas, de paredes blancas y ventanas cerradas (pues el calor abrasaba), subiendo y bajando escalinatas.

Me dejó admirado la limpieza de las calles. En el pavimento, de losas de piedra, no se ve ni la más insignificante inmundicia y repugna tirar al suelo un pedazo de papel ó una corteza de naranja. Resulta completamente holandesa la pulcritud de esta ciudad meridional. De mañana á noche, recorren continuamente sus calles cuatro ó cinco basureros con su correspondiente carretilla en forma de capazo, arrastrada por un borriquito, y sin cesar van recogiendo la basura, que luego vierten en las afueras.

Al extremo de una calle, cortada a pico, se levanta una casa cuadrada, de tejado rojo y persianas verdes, que domina la ciudad. Es la *casa de Napoleón*, el palacio real, cuyo aspecto le asemeja á una de esas quintas, si bien de las más modestas, que esmaltan la costa de Génova á Bordighera. Actualmente está ocupada en parte por el gobierno militar, y sobre la puerta se ven trofeos de artillería, cual corresponde á la antigua morada de un conquistador. Sin embargo, no reina allí el dios de la guerra; por el contrario, al entrar y descubrir por entre los mirtos y rosales del jardín, el inmenso y radiante horizonte del mar Tirreno, se experimenta una inexplicable sensación de paz y bienestar. Todo es azul y blanco, como paradisiaco paisaje; las puntas y cabos de la isla se dibujan sobre un vaho de oro, y una paz resplandeciente cobija todas las cosas. Imposible que después de tantas luchas y de tanto desastre acumulado sobre su frente en las nevadas estepas de Rusia; que después de las angustias de la abdicación, no experimentase el formidable vencido la inefable serenidad de aquel horizonte que á su vista se desplegó un día. Ciertamente es que hubo horas (pues en todo corazón laten idénticos sentimientos á pesar de sus diversos aspectos) en que se dilataba su férreo cerebro y ante sus ojos pasaba, rápida é incoercible, la visión del descanso, que no podía él retener, porque estaba destinado á levantarse para hundirse de nuevo.

El aspecto exterior de la casa es el mismo de entonces, pero interiormente ha cambiado la distribución de los aposentos, excepto el salón del trono, con cuatro ventanas á la ciudad y otras cuatro al mar, que se conserva intacto. En sus solitarias estancias se ven aún las pinturas ornamentales con que el Emperador mandó decorarlas y que parece como si todavía le aguardaran. El mobiliario fué pasto de almonedas después de Waterloo y sólo quedan, melancólicos y tristes en sus zócalos, los bustos de Fernando III y Leopoldo II, duques de Toscana (1). Cerradas están las hojas de las ventanas, por entre cuyas rendijas pasan aires de luz. El polvoriento suelo está cubierto de granos de maíz, puesto á secar, y en los rincones tienden las arañas sus telas. ¿El inquilino salió de allí hace un año ó hace un siglo? No se sabe. Doy vuelta á la dorada falleba y abro la ventana. El pequeño jardín, esmaltado de millares de margaritas, y el deslumbrante azul del Tirreno, aparecen desde la sala tal como los viera el Emperador. En un sendero del jardín, impresa sobre endurecido cemento, se ve la huella de una herradura, que, según cuentan, es la del caballo imperial, asentada allí cuando la pasta estaba tierna todavía. Pero esto pertenece á la leyenda, pues al caballo de Napoleón se le dan caracteres tan mitológicos como al del paladín Rolando, cuya herradura aparece impresa en distintos puntos de Europa, en una peña ó en un peldaño derruido.

Al caer el día vuelvo á Porto-Ferrajo. Es la hora en que la vida se reanima y despierta en las poblaciones meridionales. Indescribible vocerío se derrama por los ámbitos de la ciudad, hace poco tan silenciosa. En la plaza rectangular, vecina al puerto, va y viene la gente, ó forma grupos, que se saludan con apretones de mano y expresivas voces. Parece el Foro de las ciudades italianas, en donde se tratan y debaten los asuntos públicos y privados. Curiosos y compradores se empujan en las tiendas, cuyos rótulos me llaman la atención. Entre ellos leo: *Andrea Borgia, bizcochos dulces. — Dante, zapatero remendón. — Orestes, padre é hijo, droguería y macarrones.* Una vieja, con más años que Saturno, vende habas y almendras,

(1) Soberanos de la isla de Elba después de Napoleón.

bajo un arco. Las mujeres van por agua á la fuente, con cántaros de cobre forjado.

Durante la velada, van en aumento los rumores. La gente habla por hablar y los chiquillos gritan por gritar. Uno se figura estar en París, el 14 de Julio, entre dos luces. No tardan en rasgar el aire los sonos de guitarras, flautas y acordeones. Todo el mundo canta. El grito de los muchachos no tiene nada de la nota agria y chillona de los niños, sino que es rítmicamente musical. En alas de la brisa vespertina llegan hasta mi ventana todos estos sonos, entremezclados en una especie de universal y gozoso vocerío. Resulta un coro de ópera, cantado en aquella decoración teatral.

Esto dura hasta las once ó las doce de la noche. Entonces va extinguiéndose poco á poco el rumor y la tardía luna menguante se levanta, plateando las escalinatas y la ciclópea escarpadura de las murallas, sobre cuya cresta reaparece el nebuloso fantasma de Salambó.

* * *

Al día siguiente vuelvo á recorrer la ciudad, que á cada paso me ofrece inesperados y pintorescos aspectos. El cura Soldani me acompaña, y no cesa de darme palmaditas en el hombro y exclamar sombrero al aire: «¡Viva la gloriosa Francia! ¡Viva el glorioso emperador Napoleón!»

Voy á las Casas Consistoriales, en donde se guarda la bandera napoleónica, el pendón blanco con una faja diagonal, de color de naranja, en la que campean tres abejas. Es de tela recia, y un veterano de Solferino me la despliega respetuosamente. En el primer piso, en el salón del Consistorio, cuelga de la pared, en juego con el de Cosme de Médicis, el retrato del Emperador, copia del cuadro de Gerard, en el que aparece cetro en mano, con manto de armiño y áurea corona de laurel. Sobre el verde tapete de la mesa, por antigua y patriarcal costumbre, cada concejal tiene ante sí una gamellita con judías blancas y rojas, que para votar *sí* ó *no* echa en la urna.

En el entresuelo está lo que queda de la biblioteca imperial. Los lomos de los volúmenes, algunos de ellos marcados con un águila,

demuestran las eruditas aficiones del Emperador. Junto á las obras de Vaubán y de Mauricio de Sajonia, diversos tratados de Mecánica, Química y ciencia militar, que le interesaban directamente, y en otros estantes, numerosos tomos de Historia, Arqueología, Historia Natural y Literatura. Obras de Montaigne, La Fontaine, un *Don Quijote* y sesenta volúmenes de Voltaire. Todos los libros de la biblioteca los mandó traer del continente.

Pero lo que más admira es encontrar no pocos libros de imaginación y entretenimiento, como, por ejemplo, los cuarenta tomos de la colección titulada: *Gabinete de Hadass*, en el que están los cuentos y leyendas de todas las épocas y países, desde las fábulas de la India y de la China hasta *Las Mil y una noches*,



La bandera de Napoleón, rey de la isla de Elba.

y los cuentos de Fenelón y de Perrault. Es que, por ley de compensación moral, la fuerza primitiva y violenta de Napoleón estaba contrabalanceada por su carácter soñador y quimérico. ¿No fué quimera su intento de reunir bajo un solo cetro toda Europa? Ya le veremos abortir, cual Luis de Baviera, en su proyecto de edificar un fantástico palacio sobre los picos de Volterrajo. Le veremos en Monte Giove, extasiado ante el infinito cielo. Veremos cómo gusta de perderse entre las umbrías de la montaña de Marciana, refrescada por murmurantes manantiales. Sabido es que en su juventud le habían entusiasmado las románticas poesías de Osíán y que durante toda su vida mantuvo arraigadas en el alma las viejas supersticiones corsas. Si oficialmente condenaba «los sueños del pasado», cabe suponer, á la vista de tales libros, que para conciliar el sueño leería la historia de Alí Babá ó de los cuarenta ladrones y la de la Hermosa de cabellos de oro.

En la fachada principal de las Casas Consistoriales hay una placa de mármol con una inscripción en italiano, que traducimos como sigue:

AQUÍ, Á PORTO FERRAJO,
EN 1802, TRAJERON AL PEQUEÑUELO
VÍCTOR HUGO.
AQUÍ BROTO SU PALABRA
QUE, MÁS TARDE, COMO LAVA DE SAGRADO FUEGO,
DEBÍA CORRER POR LAS VENAS DE LOS PUEBLOS.
TAL VEZ LOS TRES AÑOS
PASADOS EN ESTE AIRE AL QUE HIERRO Y MAR DAN LOS ÁTOMOS (1)
VIGORIZARON SU DÉBIL CUERPO,
CONSERVARON
Á FRANCIA EL ORGULLO DE SU NACIMIENTO,
AL SIGLO LA GLORIA DE SU NOMBRE
Y Á LA HUMANIDAD
UN APÓSTOL Y UN GENIO INMORTAL

En 1802, á los pocos meses de nacido, llevaron á Victor Hugo á la isla de Elba, después de haberle tenido que llevar á Marsella cuando sólo contaba seis semanas, pues su padre era comandante de infantería y le trasladaron allí desde Besanzón, donde Victor hubo de nacer. El viaje era peligroso para un niño de tan tierna edad,

Un enfant sans couleur, sans regard et sans voix,

como el poeta dijo más tarde de sí mismo, y tan raquítico que el médico no le dió mucha vida. Para mayor desgracia, fué preciso que la madre se separara de él, para recabar en París el ascenso de su marido. El pobre chiquillo se quedó con su padre, quien, para acallarle el llanto, le hartaba de confites. Por último regresó la madre, cuyas gestiones dieron por resultado el traslado del comandante á la isla de Elba, que acababa de quedar anexionada á Francia. Embarcó el matrimonio con el pequeñuelo Victor, cuya salud seguía quebrantada, y al año de su llegada no había podido erguir la cabeza, que, según dijeron después sus admiradores, «se obstinaba en caer sobre el pecho, como si ya contuviera los pensamientos cuyo germen había en ella.» Sin embargo, pronto se dieron cuenta los padres de que el

(1) Alusión á las minas de hierro de la isla.

niño estaba vigorosamente constituido, pues tenía muy anchos pecho y espalda. Con ayuda del aire del mar y de la salubridad del clima, venció la fuerza vital, y cuando el pequeño Victor salió de la isla después de tres años de residencia, interrumpida por las frecuentes excursiones de sus padres á Córcega, estaba ya en formación aquel tipo de robustez corporal que le caracterizó el resto de su vida. Desde Porto-Ferrajo se fué el padre de Victor Hugo con José Bonaparte á Italia, y entre 1805 y 1806 se avecindó en la calle de Clichy, de París.

En la isla de Elba rompió á hablar Victor Hugo, y la tradición nos ha conservado la primera palabra que pronunció. Según dice Alejandro Dumas en sus *Memorias*, un día en que el aya le amenazaba para obligarle á obedecer, el niño exclamó: «¡Cattiva!», que en italiano significa *mala*. ¿En dónde había oído el pequeño Victor esta palabra y por qué la retuvo con preferencia á otras? No se supo jamás. La familia celebró alegremente que el niño hubiese roto á hablar, aunque su primera palabra fuese extranjera.

Pero los recuerdos del niño «no se han despertado todavía, y nada de aquel incidente de su existencia debía sobrevivir en su espíritu.» Sin embargo, más tarde se había de descubrir cierta relación de destino entre la estancia de Victor Hugo en Elba y la de Napoleón en la misma isla diez años después.

En 1834 publicó la hiperbólica *Biografía Rabbe*: «El primer panorama de la naturaleza que se reflejó en las pupilas de Hugo fué la severa y áspera fisonomía de un lugar apenas conocido entonces y tan célebre después. La vida incipiente del poeta se armonizaba ya con el gran destino que había de lograr; aquel débil ser se mezclaba con la espléndida trama que había de realzar con el tiempo.»

Mientras estaba yo leyendo la inscripción de la lápida, se me puso casi en las narices un brazo negro terminado en una mano también negra, que esgrimía una bolsa asimismo negra. Volvíme bruscamente sorprendido y retrocedí con temor al verme ante un hombre negro, si cabe llamar *hombre* á un saco negro con capucha, tras cuyos dos agujeros lucían los ojos como ascuas. Era un penitente que pedía limosna. Signióme blandiendo la bolsa en alto y ensordeciéndome con el furioso repiqueteo de una campanilla que llevaba atada á la cintura, hasta que le di dos sueldos.